

narrado y descrito; el lector, por tanto, conoce el espectáculo como yo: que él sea juez, y déjeme á mí tranquilo sin decir: "esta boca es mía."

LA PROCESION DEL «2 DE MAYO DE 1808»

Presencié en Madrid la famosa ceremonia fúnebre que se celebra todos los años el día 2 de Mayo, en honor de los españoles que murieron combatiendo y de los que fueron fusilados por los soldados franceses, hace sesenta y cinco años, en esa espantosa jornada que llenó de horror á Europa, y que hizo estallar la guerra de la Independencia. Al rayar el alba se hacen salvas, y en todas las parroquias de Madrid y ante un altar levantado junto al monumento fúnebre, se rezan misas por el alma de los que murieron por la patria.

La ceremonia consiste en una procesion cívica solemne que por lo regular sale de las proximidades del palacio real: la comitiva oye un sermón en la iglesia de San Isidro, donde reposan, desde 1840, los restos de las víctimas, y se dirige despues al monumento para oír misa. En las calles que ha de seguir la procesion, se hallan formados en parada batallones de voluntarios, regimientos de infantería, escuadrones de coraceros, guardias civiles de á pié, artillería y cadetes. Por todas partes resuenan cornetas, tambores y músicas militares; vese á lo léjos, por entre la muchedumbre, un continuo vaiven de sombreros de

generales, plumas de ayudantes, banderas, espadas; los coches del Senado y del Congreso, grandes como carros triunfales dorados hasta las ruedas, adornados de terciopelos y sedas, sobrecargados de franjas y borlas y tirados por soberbios caballos con penachos. Las ventanas de todas las casas están adornadas con colgaduras y flores; todo el pueblo de Madrid se halla en movimiento. En la calle de Alcalá ví pasar la procesion. Iban primero los cazadores de la milicia ciudadana, á caballo; despues los alumnos de todos los colegios, de todos los asilos, de todos los hospicios de Madrid, dos á dos: había millares de ellos; despues los inválidos del ejército, unos con muletas, otros con la cabeza vendada, otros sostenidos por sus compañeros y otros decrépitos, casi llevados en andas; soldados, generales con uniformes de antaño, cubierto el pecho de condecoraciones y cintas, largas espadas y sombreros con plumas; despues una muchedumbre de oficiales de todos los cuerpos, relucientes de oro y plata y vestidos de mil colores; detrás los altos funcionarios del Estado, los diputados provinciales, los diputados á Córtes, los Senadores, los maceros del municipio y de las Cámaras con anchas dalmáticas de terciopelo y broches de plata y oro, todos los empleados del municipio, todos los alcaldes de Madrid, vestidos de negro, con sus medallas al cuello; por último el rey, en traje de general, á pié, acompañado del primer alcalde, del capitán general del distrito, de generales, ministros, diputados, oficiales de órdenes, ayudantes, todos con la cabeza descubierta. Cerraban la procesion los cien guardias

de á caballo, deslumbradores como guerreros de la Edad Media, la guardia real de á pié, con un gran morrion de pelo al estilo de la guardia imperial, casaca con faldones de cola de golondrina, pantalon blanco, dos largos tabalíes cruzados por el pecho y polainas negras hasta la rodilla, espada, cordones, franjas, broches y borlas;... más voluntarios despues, soldados de infantería y artillería, y pueblo. Todos marchan lentamente, repican las campanas, suenan las músicas, el pueblo está silencioso, y esta reunion de niños, de pobres, de curas, de prelados, de magistrados, de veteranos inválidos, de grandes de España, ofrece un aspecto noble y magnífico, que inspira al mismo tiempo ternura y respeto.

La procesion desemboca en el Prado y se dirige al monumento. Un gentío inmenso invade paseos, campos, jardines. Las señoras están de pié en los coches, sobre los asientos y en los bancos de piedra, con sus hijos en brazos; muchos curiosos se suben á los árboles y á las azoteas. A cada paso banderas, inscripciones fúnebres, listas de las víctimas del 2 de Mayo, poesías fijadas en los troncos de los árboles, estampas representando episodios sangrientos, guirnaldas, crucifijos, mesas con bandejas para recibir limosnas, cirios encendidos, retratos, estatuas, juguetes de niños figurando el fúnebre monumento; por todas partes recuerdos de 1808, emblemas, señales de luto, de fiesta, de guerra. Casi todos los hombres van vestidos de negro, las mujeres elegantísimas, arrastrando los vestidos y con la clásica mantilla. Numerosos forasteros acuden de todos los pueblos en traje de fiesta, y

en medio de todo esto se escuchan los atronadores gritos de los aguaflores, de los guardias y de los oficiales.

El monumento del Dos de Mayo, que se eleva donde fueron fusilados los españoles en mayor número, por más que no tenga un valor artístico igual á su reputacion, es, para servirme de una expresion vulgar, imponente, sencillo, y, segun opinion de muchos, pesado y sin gracia; pero en él se fijan los ojos y el pensamiento, hasta sin saber lo que representa; á primera vista se comprende que en aquel sitio debió haber ocurrido algo terrible.

Sobre una base octógona de granito, con cuatro gradas, se eleva un grandioso sarcófago cuadrado, adornado de inscripciones, blasones y un bajo relieve que representa á los dos oficiales españoles muertos el día 2 de Mayo defendiendo el Parque de artillería. Sobre el sarcófago se alza un pedestal de órden dórico que sostiene cuatro estatuas, simbolizando el Patriotismo, el Valor, la Constancia y la Virtud. Entre las estatuas se levanta un alto obelisco, con esta inscripcion en letras de oro: *Dos de Mayo*. Alrededor del monumento hay un jardin circular, cortado en ocho alas que convergen en el centro; en cada ala crecen muchos cipreses. El jardin está cerrado por una verja de hierro, rodeada de gradas de piedra. Aquel bosque de cipreses, aquel jardin cerrado y solitario en mitad del paseo más alegre de Madrid, es como una imágen de la muerte en medio de las locuras de la vida. No se puede pasar por aquel sitio sin mirarlo, y no se puede mirar sin reflexionar. De

noche, cuando la luna lo ilumina con sus reflejos, semeja fantástica aparición, y á su alrededor se respira una tristeza solemne.

Llega el rey, se reza la misa, los regimientos desfilan, la ceremonia ha terminado. De este modo se celebra desde 1814 el aniversario del "2 de Mayo de 1808", con una dignidad, un amor, una veneración, que honra no solo al pueblo español, sí que también al corazón humano. Es la verdadera fiesta nacional de España, el solo día del año en que se olvidan los rencores políticos y todos los corazones se unen en un sentimiento comun. Y en este sentimiento no hay, como se puede creer, mezcla alguna de ódio hácia Francia. España ha hecho responsables de la guerra y de las matanzas á Napoleon y á Murat; los franceses son acogidos con cariño, como todos los demás extranjeros. Solo se habla de las infaustas jornadas de Mayo para honrar á los muertos y á la patria; todo en esta ceremonia es noble y grande, y ante aquel monumento sagrado España solo tiene palabras de paz y de perdon.

#### EL CIRCO DE GALLOS

Otra cosa digna de verse en Madrid, son las riñas de gallos. Léí un día el siguiente anuncio en *La Correspondencia*:—"En la funcion que se celebrará mañana en el circo de Gallos de Recoletos, habrá, entre otras, dos peleas, en las que figurarán gallos de los conocidos aficiona-

*dos Francisco Calderon y don José Díez, por lo que se espera será muy animada la diversion.*

El espectáculo empezaba á las doce; allá me fuí. Llamóme la atención la gracia y la originalidad del teatro. Diríase que es un kiosco con jardín, pero caben en él cómodamente más de mil personas. La forma del edificio es exactamente cilíndrica. En el centro se eleva un estrado circular, alto poco más de tres cuartas, cubierto con un paño verde, y rodeado de una balaustrada de la altura de un balcon: es el campo de batalla de los gallos. Entre los barrotes de la balaustrada se extiende una ligera red de alambre para que no puedan salir los luchadores. Alrededor de esta especie de jaula, cuyo suelo es ancho como una mesa grande de comedor, hay un círculo de divanes y detrás del primero otro un poco más alto; las dos filas tapizadas de paño encarnado. En muchos asientos de delante se vé escrito con grandes caracteres: *Presidente, Secretario* y otros títulos de los personajes que componen el tribunal del espectáculo. Despues de los divanes se elevan bancos dispuesto en gradas hasta las paredes, en las cuales se abre una galería sostenida por diez ligeras columnas. Recibe luz cenital. El vivo encarnado de los divanes, las flores pintadas en los muros, las columnas, la luz, el aspecto, en una palabra, del local tiene un no sé qué de nuevo y pintoresco, que agrada y alegra. En el primer momento más parece que allí se deba oír una bonita música que presenciar una quimera de animales. Cuando entré había ya en el circo más de cien personas.—¿Qué género de gente es esta?—me pre-

gunté. Y realmente, el público del circo de gallos no se parece al de ningún teatro: es una mezcla *sui generis*, que solo se vé en Madrid. Allí no hay mujeres, ni chiquillos, ni soldados, ni obreros, porque es día laborable y la hora intempestiva. Por lo mismo se nota una variedad de aspectos, de trajes y de actitudes más marcada que en otra cualquiera reunión popular. Las gentes que allá van, son gentes que nada tienen que hacer en todo el día: cómicos de cabello largo y mugriento sombrero; *toreros* (Calderón, el famoso picador, estaba allí); estudiantes, en cuyas caras se notan las huellas de una noche pasada alrededor del tapete verde; negociantes de gallos, jóvenes elegantes, viejos, *messieurs* aficionados, vestidos de negro, con guantes negros y una gran corbata. Estos están siempre junto á la jaula. Más lejos, *rarí nantes*, algún inglés, algún tonto, de esos que se ven por todas partes, los empleados del circo, una mujer equívoca y un guardia civil. Excepto los extranjeros y el guardia, los demás, *messieurs*, toreros, cómicos, se conocen todos y hablan entre sí de las cualidades de los gallos que figuran en el programa, de los que salieron el día antes, de los accidentes de la lucha, de las patas, de las plumas, de los espolones, de las alas, de los picos, de las heridas, acabando con la rica terminología de su arte, y citando reglas, ejemplos, gallos de riñas anteriores, luchas, victorias y derrotas famosas.

El espectáculo empieza á la hora señalada. Un hombre se presenta en el circo con un papel en la mano y comienza á leer; todo el mundo se calla. Da lectura á una serie de nombres que indican el peso

de los gallos que van á luchar, porque es de saber que los gallos no pueden pesar más de lo que señala el código del arte. Las conversaciones se reanudan para cesar de repente al poco rato. Otro hombre se adelanta cargado con dos cajas: abre una puerta de la balaustrada, sube al estrado y pone las cajas en los platos de una balanza que pende del techo. Dos testigos aseguran que las cajas tienen igual peso; todo el mundo se sienta; el presidente se va á su sitio, el secretario grita:—*¡Silencio!* el pesador y otro empleado toman cada uno su caja, y llevándolas á las dos aberturas opuestas de la barrera, las abren á un mismo tiempo. Salen los gallos, se cierran las puertas y los espectadores guardan por algunos instantes un profundo silencio.

Eran dos gallos andaluces de raza inglesa, sirviéndome de la extraña definición que me dió un espectador; altos, flacos, tiesos como dos husos, con un largo cuello, completamente desplumados de las partes posteriores; sin cresta, la cabeza pequeña y con un par de ojos que revelaban su espíritu guerrero. Los espectadores los estudian atentamente sin decir una palabra. Los aficionados, en estos cortos instantes, juzgan por el color, la forma y los movimientos de los dos animales, cuál es el probable vencedor; después se cruzan las apuestas. Es, como se comprende fácilmente, un juicio muy incierto; pero precisamente esta misma incertidumbre da vida al juego. De repente una explosión de gritos interrumpe el silencio.

—*Un duro por el derecho!*—*Un duro por el izquierdo!*  
—*Tres duros por el negro!*—*Cuatro duros por el pardo!*—

—Una onza por el cbico!—*Va!*—*Va por el negro!*—*Va por el pardo!*....

Todos gritan, agitan las manos, se señalan unos á otros con los bastones y las apuestas se cruzan en todos sentidos; en pocos momentos se han cruzado más de mil pesetas.

Los dos gallos al principio, no se miran. Uno se vuelve de un lado, otro de otro, cantan y alargan el cuello hácia los espectadores como preguntándoles:—“¿Qué quereis!” Poco á poco, como si no se hubiesen visto, se van mutuamente acercando; diríase que cada uno quiere coger al otro de sorpresa. De repente, con la rapidez del rayo, dan un salto abriendo las alas, se encuentran en el aire y caen esparciendo en torno una nube de plumas. Despues del primer choque se quedan plantados el uno enfrente del otro, casi tocándose los picos, como si quisieran arrojarse veneno por los ojos. Luego se lanzan de nuevo uno contra otro con gran violencia, y desde aquel momento se suceden los asaltos sin interrupcion. Se hieren con las patas, con los espolones, con el pico, se oprimen con las alas, de modo tal, que parecen un solo gallo con dos cabezas; se suben el uno sobre el otro, se tiran contra las barras de la balastrada, se persiguen, caen, voltean; poco á poco los golpes son más frecuentes, las plumas de la cabeza vuelan á lo lejos, los cuellos se enrojecen y corre la sangre. Se pican en la cabeza, alrededor de los ojos, en los ojos mismos, y se desuellan con la ira de dos furiosos que temen verse separados. Diríase que saben que uno de los dos ha de morir. No sueltan un grito, ni un gemi-

do; no se oye más que el ruido de las alas al agitarse, plumas que se rompen, picos que se clavan en el hueso, y ni un instante de tregua; es una rabia que no cesará hasta la muerte. Los espectadores siguen con mirada atenta todos sus movimientos, cuentan las plumas arrancadas, las heridas, y el murmullo de las voces aumenta siempre y las apuestas tambien:—*Cinco duros por el cbico!*—*Ocho duros por el pardo!*—*Veinte duros por el negro!*—*¡Va!*—*¡Va!*

Pero llega el momento en que uno de los dos gallos hace un movimiento que revela la inferioridad de sus fuerzas y empieza á dar señales de fatiga. Aunque resiste todavía, sus picotazos son ménos frecuentes, sus espolonazos más raros, sus saltos ménos elevados, va comprendiendo que se halla en peligro de muerte. Ya no lucha por matar, sino por no ser muerto: retrocede, huye, cae, se levanta, vuelve á caer y vacila cual si le faltara la cabeza. Entonces el espectáculo empieza á ser horrible. Ante el enemigo que cede, el vencedor se revuelve feroz; sus picotazos son más fuertes, llenos de rabia, implacables, dirigidos á los ojos de la víctima, con la regularidad de la aguja de una máquina de coser; su cuello se alza y se baja como si lo moviera un resorte; su pico busca la carne y se recrea arrancándola á pedazos y destrozándola; despues profundiza en la herida y se afana y lucha cual si buscara fibras rotas; luego pica con pertinaz insistencia en la cabeza, como si quisiera abrir el cráneo y sacar los sesos. No hay palabras que puedan expresar el horror de esos picotazos continuos, infatigables, inexorables. El vencido

se afana, se escapa, corre de aquí para allá en su cárcel y el otro detrás de él, sobre él, inseparable como su sombra, la cabeza inclinada sobre la del fugitivo, lo mismo que un confesor: siempre picando, ensañándose y destrozando. Hay algo del asesino, del verdugo en aquella insistencia; tiene el aire de hablar al oído de su víctima; y diríase que acompaña cada golpe de un insulto. "¡Toma! ¡sufre! ¡muere!—¡Todavía no! ¡Toma ese golpe! ¡y ese! ¡y otro más!" Un poco de esa rabia sanguinaria se insinúa en nuestras venas; esa cobarde crueldad inspira deseos de venganza; quisiérais ahogarle entre vuestras manos, aplastarle la cabeza con los pies. El gallo vencido, lleno de sangre, sin plumas, vacilante, intenta de vez en cuando algún ataque, da algún picotazo, huye, y se esconde entre los barrotes de la balaustrada, buscando un asilo.

Los jugadores se enardecen y gritan cada vez más fuerte. Ya no pueden apostar sobre la lucha, pero apuestan sobre la agonía:—*¡Cinco duros á que no tira tres veces!*—*¡Tres duros á que no tira cinco!*—*¡Va!*—*¡Va!*—En aquel momento oí unas palabras que me hicieron temblar. "¡Es ciego!"

Me acerqué á la barrera, miré al vencido y volví en seguida la cabeza con horror. No tenía piel, ni ojos; su cuello no era más que una llaga: sus alas, reducidas á tres ó cuatro plumas, semejabán dos andrajos; parecía imposible que pudiera aún vivir y caminar, pues no tenía forma de animal. Y esa ruina, ese monstruo, ese esqueleto manando sangre se defendía todavía, se batía en las tinieblas, sacudía sus alas des-

trozadas, alargaba su cuello hecho girones, agitaba su cráneo al azar, aquí y allá, como los perros recién nacidos. Estaba sangriento y horrible; entorné los ojos, para verlo solo confusamente. Y el verdugo seguía picoteando las llagas, ahondando en las vacías órbitas de los ojos, picando el desnudo cráneo. Aquello no era una lucha: se hubiera dicho que le quería despedazar sin matarlo. Alguna vez, cuando la víctima quedaba inmóvil, se bajaba para contemplarla con la atención de un anatómico; á veces se hacía un paso atrás y la miraba con la indiferencia de un sepulturero; pero luego volvía, ávido como el vampiro, á picotear, herir, destrozarse con más fuerza y vigor que la primera vez. Por último el moribundo, parándose de repente, deja caer la cabeza sobre el suelo, cual si le rindiera el sueño, y el verdugo, mirándole atentamente, también se para. Entonces redóblanse los gritos: ya no puede apostarse sobre las convulsiones de la agonía, pero se apuesta sobre los síntomas de la muerte:—*¡Cinco duros á que no levanta más la cabeza!*—*¡Dos duros á que la levanta!*—*¡Tres duros á que la levanta dos veces!*—*¡Va!*—*¡Va!*

El gallo moribundo levanta lentamente la cabeza; el verdugo descarga rápidamente sobre él una tempestad de picotazos; los gritos se repiten de nuevo. La víctima hizo todavía un ligero movimiento: nuevos picotazos. Echó sangre por el pico, vaciló y calló por último. El vencedor, como un cobarde, se echó á cantar.

Salió un empleado y se llevó al vencedor y al vencido. Todos los espectadores se levantaron y em-

pezó entonces una acalorada conversacion. Los afortunados, radiantes de alegría; los que salen perdiendo, blasfeman; unos y otros discuten sobre el mérito de los gallos y los incidentes de la lucha.—*¡Buena pelea—¡Buenos gallos!—¡Gallos malos!—¡No valen nada!—¡No lo entiende usted!—¡Cállese usted!—¡Buenos!—¡Malos!...—¡Sentarse, caballeros!*—gritó el presidente.

Todos se sentaron y empezó otra lucha. Eché una mirada al campo de batalla y salí del circo. Tal vez no seré creído: este espectáculo me causó más horror que la primera corrida de toros. No tenía idea de una ferocidad tan cruel; nunca hubiera creído, antes de verlo, que un animal, después de haber reducido á otro á la impotencia, pudiese torturarlo, martirizarle, destrozarlo de aquel modo, con el encarnizamiento de la hiena y la voluptuosidad de la venganza. Yo no creía que el furor de un animal pudiese llegar al extremo de presentar el carácter de la maldad humana más acentuada. Todavía hoy, después del largo espacio de tiempo transcurrido, cada vez que me acuerdo de semejante espectáculo, vuelvo la cabeza involuntariamente como huyendo de la horrible vista del gallo moribundo; y nunca pongo la mano en una balastrada sin que baje la vista con la idea de ver el suelo sembrado de plumas y ensangrentado. Si vais á España, seguid mi consejo: *¡contentáos con los toros, buena gente!*

#### EL MONASTERIO DEL ESCORIAL

Antes de partir para Andalucía fuí á visitar el famoso monasterio del Escorial, el Leviatan de la arquitectura, la octava maravilla del mundo, el mayor pedazo de granito que existe sobre la haz de la tierra: si queréis otras denominaciones grandiosas, sabed que no encontrareis ninguna que no le haya sido ya aplicada. Salí de Madrid muy temprano. El pueblo del Escorial, que dió nombre al convento, está á ocho leguas de la ciudad, poco distante del Guadarrama: el camino atraviesa una campiña árida y despoblada, limitada en el horizonte por montes cubiertos de nieve. Cuando llegué á la estacion del Escorial, caía una llovizna espesa y fría que helaba las carnes. Desde la estacion al pueblo hay un cuarto de legua de subida: me metí en una diligencia, y de allí á pocos minutos descendí en una calle solitaria, flanqueada á la izquierda por el convento, á la derecha por las casas del lugar, y cerrada en el fondo por la montaña. A primera vista no se saca en limpio nada: esperábase ver un edificio y se ve una ciudad; se ignora si está uno ya dentro del convento ó todavía fuera; por todas partes se distinguen muros; se adelanta, se da con una plaza; se mira en derredor, se ven las calles, no se ha entrado todavía, y ya el convento nos rodea y hemos perdido la brújula y no sabemos de qué la-